

CARTA DE PEDRO EL VENERABLE A SUS HERMANOS EN MEDIO DE UNA EPIDEMIA¹

Christophe Vuillaume, OSB²

Se han encontrado sólo dos cartas circulares de Pedro el Venerable. Una contiene el anuncio de la muerte de su madre, Raingarda, monja de Marcigny y el pedido de oración a todos los monasterios cluniacenses por el descanso de su alma. La segunda es la que presentamos aquí, en medio de una terrible epidemia, sin duda más limitada que la pandemia que conocemos y que, sin embargo, en lo que está en juego tanto en lo práctico como en lo espiritual, puede ayudarnos a vivir o a releer como creyentes estos acontecimientos.

Se ignoran las circunstancias exactas de esta carta y hasta de su fecha precisa, estimada en torno al 1145-1146, en el transcurso de una ola de peste particularmente devastadora. Cluny y sus filiales parecen haber sido particularmente amputadas en muchos de sus miembros en el transcurso de esta epidemia. El noveno abad de la célebre congregación debió reaccionar desde el momento en que tuvo que partir hacia Roma donde no le faltaban asuntos por tratar.

Descubrimos en estas líneas y entre líneas, no sólo las consecuencias muy concretas de la enfermedad sino también y sobre todo las reacciones que ella

1 Carta escrita en el transcurso de una epidemia mortal que afectó, entre otros, a los monasterios cluniacenses. De *Lettre de Ligugé* n° 373, Julio 2020.

2 Nació en Nancy el 5.12.1954. Hizo su profesión monástica en la Abadía de la Pierre-qui-Vire en 1979, y fue ordenado sacerdote en 1991. Reside en Madagascar desde 1991 en el Monasterio benedictino de Mahitsy (Madagascar). Es Procurador General de la Congregación de Subiaco.

suscitó en los monasterios y en otras partes. Es evidente que el interés mayor de esta carta circular está puesto en la mirada del santo Abad sobre estos sucesos. Lo hace de un modo que refleja muy bien toda su personalidad y su vida de fe. Muy sensible a los aspectos humanos del drama del cual nada minimiza, pero también capaz de detenerse para releer este repentino y gigantesco trastorno a la luz de la fe y de la esperanza cristianas que viven profundamente en él.

Comencemos por recordar brevemente quien es Pedro el Venerable de quien hemos publicado una breve vida, debida al monje Raúl.

Pedro nació en 1092 o 1094, en Montboissier, aldea de la comuna de Brousse (Puy-de-Dôme) en una familia de la nobleza local. Entre sus parientes no faltaron los eclesiásticos y él mismo ha señalado que, por su madre, era sobrino nieto de Hugo de Cluny, uno de los más grandes abades de la célebre congregación. Tres de sus hermanos también se hicieron benedictinos y desempeñaron el cargo de abades. Muy pronto, según el uso de la época, fue confiado como oblato a los benedictinos de Sauxillanges, monasterio muy cercano al dominio familiar. Hizo buenos estudios y manifestó predisposiciones para llegar a ser un hombre de letras y a la par un hombre de Dios. Poco después de su profesión monástica, en 1109, fue enviado a la abadía de Vézelay, hacia 1113-1115, donde ocupó las funciones de profesor de los hermanos jóvenes y de prior claustral (segundo superior). Valorado en sus responsabilidades, es nombrado superior del priorato de Domène (Isère) en 1120. Como consecuencia de la muerte prematura del abad de Cluny, Hugo de Marcigny, que había sucedido a Poncio de Melgueil, dimisionario, la asamblea de los superiores reunidos en Cluny eligieron unánimemente al joven superior como 9º abad, el 22 de agosto de 1122; tenía treinta años.

Para asegurar su cargo, apoyándose en el Gran Prior para gobernar a la inmensa comunidad de Cluny (cerca de trescientos monjes), Pedro visitó los numerosísimos monasterios que dependían de su autoridad. Eran casi 1100 a comienzos de siglo XII, de los cuales 800 situados en Francia, los demás se encontraban en Inglaterra, Italia, España, Suiza, Alemania y en Tierra Santa. Estaba en Roma cuando supo que el anterior abad Poncio había regresado a la cabeza de un grupo armado para recobrar la sede abacial, en 1125. Pedro, después de defender su causa ante el Soberano Pontífice, retomó su lugar, no sin haberse quebrantado un poco, él y su comunidad, por este triste y brusco cambio. Alcanzado por la fiebre (sin duda la malaria) durante su estadía romana, debió cuidarse en su antiguo monasterio de Sauxillange y volvió a Cluny recién

a principios del año 1127. Sus primeras relaciones epistolares con Bernardo de Claraval datan de esa época. En los años siguientes lo encontramos por los caminos de España y de Inglaterra, pero regresó a la abadía para la consagración de la nueva iglesia (Cluny III) por Inocencio II el 24-25 de noviembre de 1130. El año 1132 ve la convocación del primer capítulo general de los superiores de Cluny, en el sentido formal del término, durante el cual Pedro expone y promueve sus célebres *Estatutos* que esbozan una reforma disciplinaria y litúrgica de la congregación. En efecto, las cartas, notablemente la 28 y la 111, no son solamente una defensa de los cluniacenses ante los virulentos ataques de los cistercienses, sino también un llamado a sus hermanos a llevar una vida monástica cada vez más auténtica. Lo vemos también denunciar sin complacencia los abusos en la mesa en la carta 22, dirigida a los superiores cluniacenses. Pero Pedro exhorta a sus hermanos sobre todo con el ejemplo y el estímulo. Este será el objetivo de su *Libro de las Maravillas (De Miraculis)* que él concibe como un acto de tradición apuntando a relatar las obras admirables que Dios realiza en todo tiempo y de las que él ha sido testigo o que personas dignas de fe le han contado. Allí insiste especialmente en el valor redentor de la Eucaristía, de la confesión y del culto de la Virgen y de los santos. También compone cierto número de poemas (los *Carmina*) e himnos litúrgicos.

Pero Pedro no es solo un pastor y un administrador, sigue cultivándose y no vacila en intervenir contra ciertas desviaciones doctrinales que podían tener graves consecuencias para la cristiandad. Es el caso de su tratado *contra los Petrobrusienses*, (1137, revisado en 1140), que denuncia las tendencias maniqueas bastante cercanas a la herejía cátara. Por otra parte, en el transcurso de uno de sus viajes por España, en 1142, hizo traducir el Corán y a continuación escribió una “*Suma contra los Sarracenos*” y otros opúsculos sobre el tema; redactó un tratado “*Contra los judíos*”, en el espíritu apologético de la época. Dos textos, que debemos reconocer, no figuran entre las mejores composiciones del Abad de Cluny. En todo caso hay que mencionar la conciencia eclesial que vive en él y que lo demostrará sosteniendo por todos los medios al papa Inocencio II frente a su rival, Anacleto II, en un cisma que duró casi nueve años. Tampoco hay que subestimar el rol que desempeñó en la cristiandad de la época en su cargo de Superior de la orden, como lo demuestra su correspondencia con Suger, su participación en muchos concilios y sínodos o sus cuatro visitas al soberano pontífice.

Pero es a través de su abundante correspondencia donde se descubre, como desde el interior y a lo largo de los acontecimientos comentados, la personalidad de este monje eminente, llamado a desempeñar un papel esencial en esta época decisiva para la vida monástica y eclesiástica.

Hemos comentado ampliamente sus relaciones fraternas pero con frecuencia tensas, con los cistercienses y su superior, Bernardo de Claraval. Asumiendo las críticas, a veces para inspirarse en ellas, responde con firmeza, pero sin abandonar nunca su buen equilibrio y su paz.

Como era su deseo, al punto de invitar a sus amigos cartujos a que se lo pidieran a Dios, Pedro el Venerables entró en la Vida en la fiesta de la Natividad del su Señor, el 25 de diciembre de 1156, en la Abadía de Cluny de la que había sido abad durante 34 años.

Pero ya es tiempo de leer esta carta que después comentaremos brevemente.

«A los venerables y queridísimos Padres y Hermanos de Cluny, servidores del Señor todopoderoso, el hermano Pedro, su muy humilde servidor más que su abad, abundancia de gracia y de bendiciones de parte del Señor.

He sabido, hermanos muy queridos, y poco antes de dejarlos lo vi en parte, cómo “la mano de Dios los ha tocado” (Jb 19,21), qué flagelo devorador ha hecho pasar en medio de ustedes, de qué modo la espada del divino juez ha sustraído de nuestro cuerpo, como nuestros pecados lo merecían, muchos y valiosos miembros. Han caído como de un árbol sacudido por un violento viento los frutos maduros al igual que los no maduros, y en un instante han cubierto casi todo el suelo a su alrededor. Los vivos caen sobre los muertos, y el mismo sepulturero se desploma sobre el que está enterrando. Ninguna garantía, sea la edad que sea: son abatidos los jóvenes mezclados con los viejos, los ancianos con los adolescentes, los que eran casi niños han precedido en la muerte a los centenarios. El día del Señor, como lo ha dicho, vendrá verdaderamente como un ladrón en la noche (Mt 24,43). Los ya preparados al igual que los desprevenidos son como robados, y el moribundo apenas advierte que se muere, porque cada uno se ve arrebatado por la muerte casi antes de que su espíritu se dé cuenta de que se está muriendo. Disminuye cada día este gran y célebre rebaño celestial de verdaderas ovejas de Cristo, y como con derecho podemos creer, nuevos corderos son agregados continuamente a su soberano Pastor en sus praderas.

Nosotros que vivimos, sufrimos, y aunque ignoramos por cuanto tiempo, en este momento estamos aún aquí; sufrimos, digo, desolados, derramando torrentes de lágrimas por nuestra desdicha al ser privados de la presencia corporal y de la ayuda cotidiana de tantos hermanos nuestros tan útiles, tan santos, que han muerto de entre nosotros en diversos lugares. Todos se han de doler por esto, pero sobre todo yo. En efecto, ¿cómo no voy a afligirme más que ningún otro, cuando por mi cargo y por lo que les debo se me hace un deber más grande? De hecho, en cuanto a mi cargo, ¿qué padre podría jamás ser tan duro, tan insensible como para no ser invadido por un amargo dolor y derramar lágrimas, cuando él ve morir, no digo a tantos, no digo a muchos elegidos, sino tan solo a uno de sus hijos? Y en cuanto a la deuda que yo tengo para con ellos, ¿qué padre ha encontrado alguna vez en sus hijos según la carne, tal obediencia, tal sincero afecto, tan grande y diligente solicitud como la que yo he encontrado en ustedes? ¿Quién instruido a menudo por la experiencia pudo sentir tanta dulzura por parte de cualquiera de sus queridos hijos, como yo pude experimentarlo de ustedes? Que estuviera de viaje más allá de los Alpes o de los Pirineos, ustedes viajaban conmigo por el afecto y el pensamiento. Cuando iba a Roma, como con frecuencia me vi obligado a hacerlo, ustedes eran indefectiblemente mis compañeros de viaje. Cuando cruzaba los mares, navegaban conmigo espiritualmente, conmigo por el afecto, conmigo con sus oraciones. Si me enfermaba o debilitaba, su compasión me alcanzaba y ustedes en sus almas sufrían mucho conmigo. Yo no hubiera podido hacer nada sin ustedes, y sin ustedes no hubiera sobrellevado ningún peligro. ¿Cómo podría ver a tantos de mis hijos, y tan queridos, ser arrancados de mi lado tan continua y casi súbitamente, sin sentir el más grande y profundo dolor en mi corazón? ¿Puedo ver que me arrancan mis entrañas sin gemir? ¿Cómo podría soportar con ecuanimidad haber perdido, no digo oro o plata, sino lo que me es de más valor, más querido que todos los tesoros, la vida de tantos hermanos? He aquí que retornamos a los primeros siglos, y ahora ya no son los acontecimientos cuyos relatos leemos sino que lo experimentamos. Vemos “al Ángel del Señor extender su mano hacia nuestra Jerusalén” (2 S 24,16), pero confío en la misericordia de Dios omnipotente que ella no será destruida, sino corregida. Ojalá que en esta circunstancia, mejor aún, que por esta eterna disposición divina, pueda yo ser David, para que, como entonces en aquel otro desastre, la cólera del Señor se cambie en misericordia, y oiga decir: “¡Basta ya! ¡Detén tu mano!” (2 S 24,16). Que como David, sin sombra de mentira pueda decir: “Soy yo el que he pecado, soy yo el que hice el mal” (2 S 24,17). Y tal vez también: “pero estos, el rebaño, ¿qué han hecho? Aparta tu furor de tu pueblo”.

¿Pero qué estoy haciendo? Me había propuesto consolarlos y veo que los estoy desolando. El que hubiera deseado disminuirles el dolor, se los aumenta con tales palabras. Efectivamente no es rumiando por más tiempo estas lamentaciones como los convenceré de no agregarles dolor a su dolor, lágrimas a sus lágrimas. Las palabras bien conocidas del Apóstol lo prohíben por toda la tierra cuando advierte a los que están desolados por la muerte de sus seres queridos: “No estén tristes como los otros que no tienen esperanza” (1 Ts 4,13). Y como dice el libro de la Sabiduría, cualesquiera sean las lágrimas que se vierten por un muerto, que no excedan la medida, justamente atemperadas por la razón (cf. Si 38,16-23). Los invito a retener esas lágrimas que sin embargo yo no puedo retener mientras escribo esto. Moderemos un dolor excesivo dentro de los límites convenientes, y así, soportando con un corazón viril tanto infortunio, en secreto delante de Dios, desahogemos nuestras almas con lágrimas y oración, tanto por nosotros como por nuestros hermanos. Lloremos por el descanso de nuestros difuntos, lloremos también por nuestra salvación, nosotros que un día u otro y tal vez muy pronto, vamos a seguirlos. Ninguno de nosotros puede decir: “¿Qué soy yo en esta inmensa creación? El Señor no nos cuida, no nos presta atención estemos vivos o muertos”. A estos detestables pensamientos, el Apóstol se opone, no encubierta sino abiertamente diciendo: “Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor. Tanto en la vida como en la muerte, pertenecemos al Señor” (Rm 14,8) y en otra parte: “Cristo murió y volvió a la vida para ser Señor de los vivos y de los muertos” (Rm 14,9). Y el mismo Señor declara: “Él no es un Dios de muertos sino de vivientes; todos en efecto viven para él” (Lc 20,38). No es sano, como sus Reverencias saben, pensar que las realidades humanas sean fruto del azar, que el destino no distingue de la nada la muerte y la vida de un hombre. Hay que estimar todo en su justo valor, y aunque el abismo de los juicios de Dios nos permanece oculto, no dudamos sin embargo que siempre son justos. Ningún pájaro cae en tierra sin que el Padre lo sepa, ¿y la existencia terrena de un servidor de Dios llegará a su fin sin que el Padre celestial lo sepa? “Todos los cabellos de nuestra cabeza están contados” (Lc 12,7), y todos aquellos a los que pertenecen esos cabellos y que la eterna sabiduría conoce ¿no estarán contados? “Él cuenta todos nuestros pasos” (Jb 31,4), ¿y no se fijará tanto en nuestra vida como en nuestra muerte? Cuando les digo estas cosas, hermanos muy queridos, no es para afligir sus almas con un dolor extremo, sino para que levanten hacia Dios todo su espíritu, toda su voluntad, toda su devoción. Es él quien “da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta de él” (1 S 2,6).

Pero no piensen que aquel que se hizo hombre, que por su muerte, vino a dar vida a los muertos, los ponga a ustedes entre las filas de la muerte, a ustedes que por la penitencia se han convertido a él que es la verdadera vida. No es eso lo que él busca, según creo, sino que por una parte los vivos, con ocasión de la muerte terrena de sus hermanos, se apresuren con más fervor en los caminos de la penitencia y por otra parte, los muertos recojan espléndidos lirios en su jardín. Un lirio de una blancura totalmente resplandeciente de castidad, exhalando el suave perfume del ejemplo de las virtudes. Él no quiere que ustedes se separen de él por causa de estas muertes, sino que a la manera de un solícito viñador, se aplica a podar su viña, como leemos en el Cantar: “El tiempo de la poda ha llegado” (Ct 2,12). Ha llegado el tiempo en el que el amo, al servidor que le dice: “Tus órdenes se han cumplido y aún sobra lugar”, responde: “Ve a los caminos y a lo largo de los cercos, y obliga a la gente a que entre, para que mi casa se llene” (Lc 14,22-23). ¡Cuántos no quisieron entrar y se vieron obligados para que la casa se llenara! En efecto, ¿quién alguna vez quiso morir? No Pedro, al que se le dijo: “Cuando seas viejo, extenderás tus brazos y otro te atará y te llevará a donde no quieras” (Jn 21,18). Si Pedro no había querido morir por temor a una resistencia humana ¿es de admirar que un discípulo de Pedro por ese mismo temor, no quiera morir? Si Pablo, no queriendo morir, dijo: “Nosotros no quisiéramos ser desvestidos, sino revestirnos, a fin de que lo que es mortal sea absorbido por la vida” (2 Co 5,4), ¿cómo admirarse de que, impulsados por la naturaleza y la costumbre, ustedes teman salir de esta vida? Pero oponiéndose a esos sentimientos humanos, Pedro abrazó de buen grado la muerte de cruz por su Señor, y Pablo que había dicho: “Para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia” (Flp 1,21), murió con alegría decapitado por la espada. Por eso, así como Pedro y Pablo junto con aquellos que lo deseaban, se vieron obligados a morir, también nuestros hermanos fueron obligados por ese mismo Padre de familia, para que la casa de Dios se llenara. Y nosotros debemos acoger con amable alegría el llamado del Padre, pues aunque los caminos de la muerte nos parecen penosos de recorrer, es por ellos por donde llegamos a la vida felicísima y eterna.

Y tú, oh Jesús, creador de todas las cosas y redentor de tus hermanos, que dijiste: “El que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11,25), y de nuevo: “No he venido al mundo para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo” (Jn 12,47), y también: “Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen; yo les doy la vida eterna; ellas no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mi mano” (Jn 10,27-28). Oh tú, Jesucristo, digo, autor de nuestras vidas, de la pasajera y

de la eterna, haz que estas ovejas de tu rebaño que creen en ti, ya muertas o que van a morir, vivan por toda la eternidad. Recíbelas, Pastor lleno de bondad, no permitas que sean devoradas por los lobos: “No entregues a las bestias a quienes confían en ti” (Sal 73 [74],19). Ven también tú, bienaventurada Virgen Madre de nuestro Salvador y Redentor, y puesto que después de él, es a ti a quien ellos se han confiado especialmente, no permitas que sean confundidos en su esperanza. Y ustedes, los más grandes de los apóstoles de Dios, príncipes que enseñaron hasta los límites de la tierra, ustedes que para todos los cristianos, pero especialmente para todos nosotros son padres³, ustedes a quienes ofrecemos casi continuamente nuestra veneración, a quienes Dios nos ha confiado especialmente, ¿no vendrán en ayuda de quienes desfallecen? ¿No vendrán al encuentro de los moribundos? ¿No los defenderán de los ataques del enemigo? Acuérdense de su principado y no admitan que ninguno de los que les fueron confiados les sea arrancado por el príncipe de las tinieblas. Que experimenten que ahora ha llegado el tiempo de lo que siempre han esperado de ustedes, y ya que ustedes tienen en sus manos las llaves del reino de los cielos (cf. Mt 16,19), con un corazón humilde y ferviente, les suplicamos junto con ellos, que así como los otros fueron admitidos, no permitan que ninguno sea excluido de ese reino.

Hermanos muy queridos a los que escribo esta carta, enciendan con el fuego divino, como Aarón o los hijos de Leví, el incensario de sus almas, y hagan subir al cielo el humo de la oración de los santos como el del incienso, y después, de pie entre los vivos y los muertos, ofrezcan el sacrificio de un corazón contrito y humillado, suplicando con todo el corazón la suprema misericordia del Señor todopoderoso. Yo ya debería estar entre ustedes en persona y lo que les he escrito, hubiera preferido decírselo de mi propia boca, como dijo ese santo hombre: “Los confortaría con palabras de mi boca inclinando la cabeza sobre ustedes” (Jb 16,5), si iniciado el camino hacia el señor papa, no hubiera sido impedido por asuntos muy urgentes. Si con la ayuda de Dios vuelvo sano y salvo, no dejaré de visitar a los que ama mi corazón. Mientras tanto, no pudiendo estar presente, hago lo que puedo estando ausente, y por los poderes que he recibido en el nombre de Dios todopoderoso, autor y creador de todo, así como en el nombre de la bienaventurada María siempre virgen, madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo, de los príncipes de los Apóstoles, Pedro y Pablo, de todos los Apóstoles, de nuestro Padre y maestro san Benito y de todos los santos, en cuanto que podemos y sabemos, a todos, así como a toda la santa congregación que

3 La abadía de Cluny estaba colocada bajo el patrocinio de los Santos Pedro y Pablo.

reside en Cluny o en otra parte, los absolvemos de boca y de corazón de todos sus pecados, confiando en la abundancia de la gracia del que en sus discípulos nos dijo también a nosotros: “Todo lo que aten en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desaten en la tierra, quedará desatado en el cielo” (Mt 18,18). Que se encuentren todos bien, hijos míos, y cuando hagan memoria de los suyos ante el Señor, les pido, por favor, que no me olviden».

Comentario

Los hechos

Las circunstancias exactas de esta epidemia nos son desconocidas, pero esto no impide apreciar la reacción del gran abad de Cluny. Y en primer lugar su realismo, que presenta una cruel constatación de la hecatombe causada por esta enfermedad en las filas de sus hijos. Primero es su corazón de padre el que habla, por supuesto, para llorar a los desaparecidos, pero asume conciencia y no teme señalar también que esos “numerosos y valiosos miembros” van a causar un serio vacío y por tanto lagunas en las comunidades. Es verdad en el plano espiritual de aquellos a los que llama «hermanos tan santos», pero también es verdad en el plano físico y material, pues las comunidades en adelante se verán “privadas de la presencia corporal y de la ayuda cotidiana de tantos hermanos tan útiles”. La descripción de la epidemia parece tal vez un poco forzada en razón del giro a menudo retórico que toma la pluma del abad: “Los vivos caen sobre los muertos, y el mismo sepulturero se desploma sobre el que está enterrando [...] el moribundo apenas advierte que se muere, porque cada uno se ve arrebatado por la muerte casi antes de que su espíritu se dé cuenta de que se está muriendo”. Pero esta evocación corresponde a la fulminante transmisión de esta enfermedad infecciosa en el seno de las comunidades donde evidentemente se vive en continua proximidad de unos con otros. Sea como sea, las cifras bien conocidas de la Gran Peste que devastó Europa entre 1347 y 1352: veinticinco millones de muertos, o sea la mitad de la población europea, da a las palabras de Pedro el Venerable un indiscutible crédito de autenticidad.

Primeras reacciones

Pero más allá de los hechos, se constata en el gran abad el género de reflexiones típico de esos tiempos de calamidades y de duelos, sobre todo si son

cruels. Como superior y padre de la congregación, Pedro se siente conmovido por estas desapariciones que le hacen tomar conciencia de la íntima unión que vivió y vive aún con sus hijos dispersos en inmensas extensiones. Es esto lo que expresa muy bien con algunas imágenes: “Que estuviera de viaje más allá de los Alpes o de los Pirineos, ustedes viajaban conmigo por el afecto y el pensamiento. Cuando iba a Roma, como con frecuencia me vi obligado a hacerlo, ustedes eran indefectiblemente mis compañeros de viaje. Cuando cruzaba los mares, navegaban conmigo espiritualmente, conmigo por el afecto, conmigo con sus oraciones. Si me enfermaba o debilitaba, su compasión me alcanzaba y ustedes en sus almas sufrían mucho conmigo. Yo no hubiera podido hacer nada sin ustedes, y sin ustedes no hubiera sobrellevado ningún peligro”. Sin duda el dolor y la pena favorecen siempre, en tales casos, el recuerdo que se conserva o que se quiere conservar de los desaparecidos. Sin embargo, el conjunto de la correspondencia de Pedro el Venerable atestigua, en su conjunto, un sincero afecto mutuo y no solamente un respeto formal por ese Superior de la orden que sabe entregarse en cuerpo y alma al servicio de sus hermanos. ¿Cómo negarlo cuando, adoptando la actitud del rey David, pide a Dios que golpee al pastor y perdone a su inocente rebaño? Quien ha frecuentado la correspondencia del gran abad, sabe que allí no se trata de una retórica de circunstancias sino de sentimientos tan afectuosos como profundos.

Una mirada inspirada por la fe

Por supuesto, lo esencial de la carta circular está en la interpretación que el Abad da de los acontecimientos y la actitud que desea ver que adoptan sus hijos. No hemos de admirarnos de que de entrada, Pedro vea en este flagelo, o al menos en sus consecuencias para la congregación de Cluny, lo que “nuestros pecados nos han merecido”. Toda desgracia tiende a causar un sentimiento de culpabilidad, o lleva al menos a interrogarnos sobre el sentido y el objetivo, si hay alguno, de los acontecimientos que nos afectan. Ver en una epidemia la mano de Dios que nos golpea en razón de nuestra impiedad es una reacción con frecuencia espontánea, aunque teológicamente discutible. Tanto que todos son alcanzados, y no sólo los pecadores: “los jóvenes mezclados con los viejos, los ancianos con los adolescentes, [...] los que velaban como los desprevenidos”, aún aquellos a quienes llama sus “santos hermanos”. Por supuesto, y Pedro no deja de notarlo, podemos pensar en otros sucesos semejantes que sembraron la Historia de la Salvación para enseñanza nuestra. Y muy especialmente el caso del flagelo claramente atribuido

a una intervención divina después del censo de los combatientes ordenado por David (2 S 24,13-16). Pero se trata de una lectura *a posteriori*, en busca de una interpretación para la historia personal del gran rey y la historia de Israel.

¿La mano de Dios? Enfermedad y pecado

Vale la pena detenernos un instante sobre la enseñanza de la Iglesia sobre este punto, aún cuando desborde el cuadro histórico de la presente publicación. El Concilio de Trento vio en los casos de flagelos naturales una forma de “tentación”: “Se dice que Dios tienta a los suyos cuando los abate por la pobreza, la enfermedad u otras calamidades de esa clase. Pero Él obra así con los suyos para demostrar su paciencia, a fin de que ellos devengan para los demás modelos de virtud cristiana. Así vemos a Abraham tentado por Dios, cuando recibió la orden *de inmolar a su propio hijo*. Pero este acto de obediencia hizo de él un ejemplo inmortal de sumisión y de paciencia”.

En sus documentos más recientes, que sintetiza el *Catecismo de la Iglesia católica* (CIC), el Magisterio se refiere varias veces al vínculo entre enfermedad y pecado. Primero para subrayar que el creyente del Antiguo Testamento los asocia espontáneamente, aunque esta unión permanece misteriosa. Toda la vida del creyente es vivida con Dios y bajo su mirada, incluido el tiempo de enfermedad o de cualquier otra desgracia (CIC 1502). Pero sin hablar de castigo, el *Catecismo* manifiesta sobre todo que estos tiempos de prueba son un llamado a la conversión, a un replanteamiento. El Catecismo de los obispos de Francia profundiza esta relación con una percepción más concreta de un tiempo de enfermedad:

“La prueba de la enfermedad favorece el recuerdo de las experiencias y las elecciones que han marcado la vida. Puede reavivar algunas veces el sentimiento de los errores cometidos y de sus consecuencias. Con frecuencia se abre a una angustia concerniente al día y a la hora del fin. El creyente se interroga sobre la fidelidad de su vida al Evangelio”.

Tanto como la curación en todos los sentidos de la palabra, la enfermedad también está asociada al perdón que Dios concede. Pues Cristo vino a curar no sólo nuestras almas sino también nuestros cuerpos, y este es el sentido del sacramento de la unción de los enfermos sobre el cual Pedro el Venerable se ha expresado largamente. Las curaciones obradas por Jesús significan en realidad una

curación más radical, la del pecado, del cual la enfermedad es percibida como una consecuencia: “En los Evangelios, la enfermedad es a menudo signo misterioso del pecado y la curación corporal es el signo del perdón. Pero esto no suprime la importancia dada a la salud de los cuerpos. Las curaciones indican que la salud interesa a todo hombre”.

Ya vemos, si bien no es posible asociar inmediatamente la enfermedad al pecado, las dos realidades tienen un vínculo profundo, misterioso, también a los ojos de los creyentes. La enfermedad es considerada como una anomalía en un mundo que Dios ha creado como “muy bueno”. Aparece como una consecuencia de la ruptura o del desequilibrio introducido por el pecado original. Sin embargo, la Iglesia no enseña que toda epidemia y tampoco la enfermedad de los individuos, sea directamente una consecuencia del pecado. Invita sin embargo a preguntarse sobre las condiciones de una curación que evidentemente va más allá de la del cuerpo. Sea como sea, dejemos a Pedro el Venerable el derecho y la responsabilidad de sus afirmaciones, por otra parte plenamente aceptables por la fe, en la medida en que la epidemia es en primer lugar como un replanteamiento, un llamado a la reflexión y por tanto a la conversión. En las circunstancias que estamos viviendo a escala mundial, nadie puede negar que el Covid-19 ha llevado a una reflexión sobre nuestras opciones sociales, nuestro modo de vivir, nuestros excesos de todo género. Un efecto evidentemente inconmensurable o algunos signos personales o colectivos, pero que Dios conoce y que los historiadores tendrán que estimar en los próximos decenios.

El peligro de interpretar mal los acontecimientos

Más asombroso, excepto para quien conoce el realismo espiritual del noveno abad de Cluny, es ese llamado a no ensombrecer con la duda o a ver en este flagelo solo el fruto del “azar”, reivindicación asombrosamente moderna. Llamado asombroso, pues el abad se dirige a sus monjes, creyentes que han comprometido toda su existencia en el servicio de Cristo y de la Iglesia. Y, sin embargo, en el exceso de tristeza, en la persistencia cotidiana de los estragos de la enfermedad, la duda puede deslizarse en algunos espíritus más débiles. El comienzo de la carta no deja duda alguna sobre la información que ha recibido Pedro el Venerable. Más aún, él vio con sus propios ojos, en Cluny, los primeros estragos de la enfermedad. El hecho de que se detenga largamente para corregir una interpretación errónea

de la epidemia prueba que había necesidad de hacerlo también en las filas de los cluniacenses. Vale la pena citar de nuevo el pasaje:

Ninguno de nosotros puede decir: “¿Qué soy yo en esta inmensa creación? El Señor no nos cuida, no nos presta atención, estemos vivos o muertos”. No es sano, como sus Reverencias saben, pensar que las realidades humanas sean fruto del azar, que el destino no distingue de la nada la muerte y la vida de un hombre. Hay que estimar todo en su justo valor, y aunque el abismo de los juicios de Dios nos permanece oculto, no dudamos sin embargo que siempre son justos. Ningún pájaro cae en tierra sin que el Padre lo sepa, ¿y la existencia terrena de un servidor de Dios llegará a su fin sin que el Padre celestial lo sepa? “Todos los cabellos de nuestra cabeza están contados” (Lc 12,7).

Punto totalmente interesante y que, por cierto, recoge el interrogante de cierto número de nuestros contemporáneos. ¿Qué hace Dios, que ve nuestro sufrimiento? Grito eterno de la humanidad desgarrada. Pedro no responde directamente a esta pregunta crucial, pero recuerda este punto de vista de fe: no podemos dudar que todo está en manos de Dios. Los acontecimientos son por tanto el hecho de una voluntad positiva de su parte o al menos, Él los permite en vistas de un bien que por el momento se nos escapa. Es allí evidentemente donde se sitúa el aspecto más crucificante para el hombre: su incapacidad de comprender, de captar y más aún de dominar una situación que lo afecta directamente. En resumen, la enseñanza de Pedro es que, por una parte, Dios se preocupa por todo lo que vivimos y por otra, nosotros debemos creer, a pesar de nuestra incompreensión, que su conducción de los acontecimientos procede de un justo juicio, más aún de una intención de amor por la humanidad.

Ver más alto para ver más lejos

Debemos pues tener una visión más global de los acontecimientos. El apóstol Pablo nos da el medio de hacerlo: “*Si morimos, morimos para el Señor. Pues tanto en la vida como en la muerte, pertenecemos al Señor*” (Rm 14,8) En realidad una epidemia mortal a gran escala, como la que hemos vivido, hace tomar conciencia brutalmente de una verdad que nunca hubiéramos debido olvidar: la muerte es parte de la vida. El sueño de inmortalidad que ciertas investigaciones a la cabeza (sobre todo en USA) lo hacen fascinante, es no sólo pura quimera sino

extremadamente nefasto a la sabia conducción de nuestras existencias presentes. Está el peligro de hacer creer que nosotros podemos liberarnos del cuadro biológico querido por el Creador, con los consecuentes desarreglos morales y psicológicos que podemos imaginar. Querer abstraerse del tiempo y del espacio termina finalmente en querer “hacerse Dios” o “ser como los dioses”, que es justamente el argumento del Tentador en el jardín del Génesis (*Gn* 3,5), la raíz de las desgracias de la humanidad.

Pero la “fecundidad” espiritual de la epidemia no escapa evidentemente a las reflexiones de Pedro el Venerable. A sus ojos es doble. Por una parte, porque suscita una saludable revisión de vida, como acabamos de decir. Por otra parte, porque los que nos han dejado son llamados a la bienaventuranza: “Los muertos recogen espléndidos lirios en su jardín. Un lirio de una blancura totalmente radiante de castidad, exhalando el perfume del ejemplo de las virtudes y de la dulzura”. Pasaje un tanto oscuro pero que se ilumina si recordamos la espléndida evocación del *Cantar de los Cantares* donde el Señor reviste los rasgos de un divino jardinero que va a recoger lirios a la vista de su gracia y su perfume, suficientemente maduros para su Reino: “*Mi amado ha bajado a su huerto, a las eras de balsameras, a apacentar su rebaño y recoger lirios*” (*Ct* 6,2). Si bien el rebaño, es verdad, disminuye en la tierra, aumenta en el cielo: “a la manera de un vigilante viñador, se aplica a podar su viña, como leemos en el Cantar: “El tiempo de la poda ha llegado” (*Ct* 2,12).

Lamentarse pero con moderación

Sólidamente enraizado en el sentido de la Historia de la Salvación, el discurso de Pedro el Venerable no se limita a algunas consideraciones abstractas y desencarnadas. Habla a hombres y esto no lo olvida. Después de haber recordado los principios que enseña nuestra fe en sus fundamentos, aconseja a sus monjes una actitud práctica. Puede resumirse en pocas palabras: afligirse, sí, pero no excesivamente, lo que sería falta de fe. Inmediatamente podemos reconocer la enseñanza del apóstol Pablo que Pedro cita en otro lugar: “*No estén tristes como los otros que no tienen esperanza*” (*1 Ts* 4, 12).

Encontramos aquí la doble inspiración que recorre todos los escritos del Abad de Cluny. Las Autoridades (*Auctoritates*) en primer lugar, es decir la Escritura y la Tradición, en particular la enseñanza de los Padres de la Iglesia,

pero también y conjuntamente, la razón (*Ratio*), que expresa a menudo el simple buen sentido. Y concluye: “*Cualesquiera sean las lágrimas que se vierten por un muerto, que no excedan la medida, justamente atemperadas por la razón*” (cf. *Si 38,16-23*).

Encontramos exactamente los mismos consejos en otra carta de condolencia del Abad de Cluny dirigida a los cartujos después de la muerte de seis de entre ellos causada por una avalancha que también destruyó sus celdas:

Los exhorto y les suplico [...] que no permitan que este accidente les entristezca el corazón, que no se aflijan más de lo necesario, que no se agobien [...] Pues si reflexionamos bien no es dolor lo que les ocasiona este suceso sino que ciertamente les procura una gran alegría. ¿Qué pena le deben ustedes a aquellos que se han librado de toda pena, qué lágrimas a los que no tienen ningún motivo para llorar, que han llegado a la vida donde una voz celestial dice a Juan en el Apocalipsis: “Dios enjugará toda lágrima de sus ojos” (Ap 21,4)?

Actitud de fe que saca de su lógica una profunda aceptación, más allá de todo fatalismo y de toda resignación. Pedro va un poco más lejos al referirse a uno de sus modelos preferidos: “Que ustedes proclamen con gran paz del corazón lo que Job dijo en un gesto de adoración, cuando un viento del desierto derribó su casa, dando muerte a sus hijos y a sus hijas: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó: bendito sea en nombre del Señor (Jb 1,21)*”.

El tono no varía, aun cuando le agradece al obispo de París, Teobaldo, antiguo monje de Cluny, por sus condolencias a propósito de esta misma epidemia de peste. El Abad no duda entonces en buscar una justificación hasta en el ejemplo de los antepasados, incluidos no cristianos, ya que el duelo es ante todo un simple deber de humanidad:

Nosotros que tenemos ante los ojos el ejemplo de duelo que guardaron los buenos y los malos ¿no sería inhumano o bestial no llorar a tantos de nuestros hermanos difuntos, tan útiles, tan cercanos? En realidad hay que hacerlo, pero con moderación ante los hombres, y con perseverancia ante Dios. Hay que convertir el dolor estéril en lágrimas fecundas, a fin de que si ellas no pueden en adelante devolvernos el cuerpo de nuestros queridos desaparecidos, recomienden sus almas a Dios con todo su fervor.

Es interesante que Pedro confiesa haber puesto mal en práctica lo que aconseja a sus hermanos: “Yo los invito a retener esas lágrimas que sin embargo no puedo retener mientras escribo esto”. Además, en la larga carta de condolencia que dirige a sus tres hermanos (de sangre), monjes también ellos, después de la muerte de su madre Raingarda, Pedro recordará ilustres ejemplos bíblicos para justificar sus lágrimas y también para invitar a sus corresponsales a un duelo sincero. Aquí también se transparenta la bella humanidad de Pedro el Venerable que hace de él uno de los autores más atrayentes del monacato medieval.

Para nosotros que estamos en camino...

Pero esta pedagogía del tiempo de pandemia estaría incompleta si no constara de una última invitación a prepararse a lo que, en las circunstancias de entonces, es más que una probabilidad: aprender a mirar el paso por la muerte con paz y aún con cierta alegría, enraizadas en el misterio pascual. Aquí, siguiendo el modelo de su querido san Agustín, Pedro emplea todas las cuerdas de su retórica:

¿Quién alguna vez quiso morir? No Pedro, al que se le dijo: “Cuando seas viejo, extenderás tus brazos y otro te atará y te llevará a donde no quieras” (Jn 21,18). Si Pedro no había querido morir impulsado por el temor humano a resistirse ¿es de admirar que un discípulo de Pedro embargado por el mismo temor, no quiera morir? Si Pablo, no queriendo morir, dijo: “Nosotros no quisiéramos ser desvestidos, sino revestirnos, a fin de que lo que es mortal sea absorbido por la vida” (2 Co 5,4), ¿cómo admirarse de que, impulsados por la naturaleza y la adaptación, ustedes teman salir de esta vida?

Y finalmente, la pregunta está ahí. ¿A qué estamos dispuestos, en nombre de nuestra fe? Dicho de otro modo, nuestro credo ¿es suficientemente sincero para que enfoquemos la muerte con profunda serenidad? ¿Quién se atrevería a afirmarlo hasta su último suspiro? Sin embargo, el Abad de Cluny no teme pedir a sus hermanos ir hasta el final de la lógica de su fe: “Tenemos que acoger con una alegría benévola el llamado del Padre, pues aunque los caminos de la muerte nos parecen penosos de recorrer, es por ellos por los que llegamos a la vida eterna y bienaventurada”. Y podemos pensar aquí en la magnífica reflexión del padre de Marie-Noël, la célebre poetisa de Auxerre:

Mi padre no creyente, me decía: “Tú no crees, los católicos no creen. Si yo creyera en la Eucaristía –Dios en la tierra ¿te das cuenta?– ¡Dios! Ninguna otra cosa me importaría en el mundo. Sólo los monjes tienen fe. Sólo ellos son lógicos. Sólo ellos están en lo verdadero de su verdad”.

Ojalá pueda decirse con verdad.

Y ante todo, la oración

Por fin Pedro termina como es debido, con una bella oración dirigida primero a Jesús, el buen Pastor que conduce su rebaño, en particular cuando pasa “*por la quebrada de la muerte*” (Sal 22 [23],4) y a su santa Madre. Es una reacción espontánea en el Abad de Cluny que encontramos a menudo cuando evoca la muerte y el Más allá, en particular en su *Libro de las maravillas*. Sus últimas palabras son para dar una absolución general a sus hijos en la que se percibe el afecto cordial que siente por ellos hasta en su carne, inseguro, él mismo, de volver sano y salvo de su largo periplo hacia la Ciudad eterna⁴.

Mahistsy, Madagascar

4 Pedro el Venerable a menudo hace referencia en sus cartas a las desastrosas consecuencias del clima italiano, el calor y el riesgo de la malaria sobre su salud.